

# ÍNDICE

Nota del traductor .....	5
Prefacio.....	7
<b>PARTE I.....</b>	<b>13</b>
Capítulo I .....	15
Capítulo II .....	21
Capítulo III.....	31
Capítulo IV.....	45
Capítulo V .....	59
<b>PARTE II .....</b>	<b>69</b>
Capítulo VI.....	71
Capítulo VII .....	83
Capítulo VIII.....	97
Capítulo IX.....	107
Capítulo X.....	117
<b>PARTE III.....</b>	<b>121</b>
Capítulo XI.....	123
Capítulo XII .....	145
Capítulo XIII.....	155
Capítulo XIV .....	167
Capítulo XV .....	187
<b>PARTE IV .....</b>	<b>197</b>
Capítulo XVI.....	199
Capítulo XVII.....	205
Capítulo XVIII .....	221
Capítulo XIX.....	233
Capítulo XX .....	243
<b>PARTE V.....</b>	<b>255</b>
Capítulo XXI.....	257

Capítulo XXII .....	263
Capítulo XXIII .....	269
Capítulo XXIV .....	283
Capítulo XXV.....	289
<b>PARTE VI .....</b>	<b>305</b>
Capítulo XVI .....	307
Capítulo XVII.....	321
Capítulo XVIII.....	333
Capítulo XIX .....	345
Capítulo XXX.....	355
<b>PARTE VII.....</b>	<b>365</b>
Capítulo XXXI .....	367
Capítulo XXXII.....	373
Capítulo XXXIII .....	385
Capítulo XXXIV.....	401
Capítulo XXXV .....	411
<b>PARTE VIII .....</b>	<b>423</b>
Capítulo XXXVI.....	425
Capítulo XXXVII .....	435
Capítulo XXXVIII.....	445
Capítulo XXXIX .....	455
Capítulo XL.....	459
<b>Epílogo.....</b>	<b>483</b>

## *NOTA DEL TRADUCTOR*

Conocí a Rodyon Armitage en el campus de la Universidad de Berkeley un 8 de abril de 2007. Había recalado en aquella universidad gracias al patrocinio del Programa de Becas Cajal que otorga la Consejería de Universidades de mi Comunidad Autónoma en España. Mi trabajo de investigación consistía en un estudio sobre lo que por entonces solo era un opaco, inaccesible, clandestino, secreto, ilegal, y se suponía que incipiente programa nuclear iraní. En el mostrador de la planta baja de la biblioteca central del Campus la bibliotecaria me entregaba veintiún libros sobre Irán. Los estaba introduciendo en mi mochila cuando un hombre joven a mi lado, alto, bien parecido y mejor vestido, con un reloj caro en la muñeca y una corbata de marca dijo:

—Ese de ahí es mío. —Se refería al libro en la cúspide del segundo montón.

—¿Este libro es suyo? ¿Es usted el autor?

—Sí. ¿A qué se dedica usted? —sondeó.

—Soy profesor visitante de una universidad española, e investigo el presunto programa nuclear iraní y sus implicaciones. —Buscaba información, libros, testimonios y entrevistas sobre aquel asunto y allí, a mi lado, tenía al autor de un libro de referencia, y no parecía tener prisa:— ¿Le importaría que le invitase a un café? —propuse.

—Encantado. Un antepasado muy lejano en la genealogía de mi madre fue español. Viajo a Los Ángeles. Estoy de paso en Berkeley, por nostalgia supongo. —Así conocí a Rodyon Armitage. Subimos la larga y empinada cuesta desde la biblioteca hasta la IH.— ¿Sabe? En esta Universidad se conocieron mis padres —me dijo mientras caminábamos—. Aquí comenzó todo en

1962. Mi padre jugó en el equipo de fútbol de la Universidad, los Go Bears. Me contó que trabajaba en Washington, en Externos. Departimos un par de horas en el bar de la residencia. Intercambiamos nuestras tarjetas. Dos años después, en un sobre sin remitente ni dirección expedido certificado desde una oficina postal de Finlandia, llegó a mi despacho de la universidad el texto en inglés que he traducido a continuación. De un tarjetón adjunto escrito a mano leí: "Amigo, ahórrese su libro sobre Irán. Aquí está todo lo que ha sucedido: el quién, el cómo, el dónde, el cuándo y el porqué". Pasado el tiempo, de vez en cuando evoco fragmentos de aquella conversación:

—El nuevo presidente de Irán es un hombre muy peligroso —comentó—, un tipo formado en la revolución, un radical del ala dura, un fanático.

—Sí —repuse—, pero no es el único. También vuestro presidente es una personalidad peligrosa, radical y fanática.

—Sin duda —atestó con el convencimiento y la autoridad de quien habla de primera mano—. Pero no olvide usted esto: mucho más peligroso que el presidente es el general al mando del Comando Central, CENTCOM. —No sabía nada de ese personaje, solo que, por el puesto que ocupaba en la cadena de mando, sería el líder militar de cualquier intervención en Oriente Medio.— No lo olvide... —enfatizó— ese general es el más peligroso del tablero.

Cuando nos despedimos, me precipité a un ordenador de la sala de estudio de la residencia, me conecté a Google y tecleé: "Commander in Chief CENTCOM". Se desplegaron múltiples reseñas biográficas; algunas tan antiguas como una colección de reportajes de mediados de los sesenta realizados por el periodista Marlon Hertz, del *New Yorker*: "Qué curioso", constaté entonces. Tenían el mismo apellido: él se llamaba Rodyon Armitage y el general en jefe, John Armitage.

Esta es su historia.

Prof. Dr. Javier Sánchez Gerardo

## *PREFACIO*

Había esperado cuarenta años, y cuarenta años es un lapso de tiempo demasiado largo como para que un hombre sienta aún la necesidad de venganza, pero demasiado corto todavía como para que olvide sus deberes con la justicia; en especial si se trata de un marine educado en el honor como aquel general, el comandante del Comando Central de los Estados Unidos (CENTCOM) con sede permanente en la base aérea McDill —Tampa, Florida—; su Área de Responsabilidad, veinticinco países de Asia Central y Oriente Medio poblados por quinientos millones de personas. Y en uno de esos países se encontraba desplazado esa noche del 10 de noviembre de 2007: siete minutos para la hora acordada.

Recogido en sus pensamientos en aquellos minutos previos a la videoconferencia, su mente divagaba por entre los recuerdos turbios de aquel fatídico día del 18 de junio de 1968 en una explanada de Vietnam: se palpó la larga cicatriz a la altura del esternón debajo de la casaca militar y bajó hurgando por ese surco con las yemas de los dedos de su mano derecha humedecidas por el sudor hasta desembocar en una tronera de carne mal cosida, remendada, como un furúnculo que había cicatrizado sin infecciones en la parte baja del abdomen. Volvió en sí. Apoyó ambas manos sobre la mesa. Se dispuso en el sillón. Consultó sus notas y esperó durante treinta y cinco segundos. Transcurrido ese lapso, el general alcanzó la consola, presionó con seguridad varios botones y la gran pantalla de plasma parpadeó en la estrecha, opaca y hermética sala de conferencias del Sensitive Compartemented Intelligence Facility (SCIF) del Centro de Mando Aerotransportable de los Estados Unidos en Qatar.

Bajo los eternos focos fluorescentes de luz azulea en esa sala de acceso restringido, puertas blindadas y vigilada las veinticuatro horas por un destacamento de marines, no hubiese sido posible distinguir la noche del día si no fuese por los cuatro relojes digitales colgados de la pared, que indicaban la hora en Washington, Bagdad, Teherán y Los Ángeles. La pantalla se estabilizó y desde Washington emergió nítida la imagen de cinco civiles vestidos con trajes oscuros de corte ejecutivo y un militar con la pechera repujada de condecoraciones en traje de gala sentados en torno a la mesa de caoba de aquella cámara enlucida con paneles de madera, que se podía haber confundido con la sala de juntas de cualquier corporación de no estar ubicada en la segunda planta del subsuelo de la Casa Blanca: la Sala de Situación, el lugar donde se reúne el Consejo de Seguridad Nacional para discutir, planificar y tomar decisiones sobre los asuntos de seguridad, guerra y paz.

A la cabecera de la mesa, el presidente Ridge-Connors lucía flamante, entusiasmado y altivo; flanqueado a su izquierda por el secretario de defensa Joseph Weiler —que parecía compartir sus emociones— y a su derecha por el jefe del Estado Mayor Michael Burleigh, grave, pétreo, con los ojos ferruginosos por la falta de sueño y el exceso de café. En los laterales de la mesa de caoba, a 14.000 km desde su sillón en el Centro de Mando en Qatar, el general Armitage pudo distinguir el rostro cansado, pensativo y descomplacido del secretario de estado Andrew Berg; el cráneo abotagado, vacuno y orondo del asesor de seguridad nacional del presidente, Norman Davies; y la mirada impenetrable y sagaz del director de la CIA, Samuel Myers.

—General —inició el presidente—, tiene aquí reunido al Consejo de Seguridad Nacional. ¿Nos ve y escucha correctamente en Qatar?

—Presidente, se les ve y escucha correctamente, gracias.

—General —continuó el presidente—, ¿tiene usted todos los medios que necesita para ganar? ¿Satisfecho con la estrategia?

—Señor presidente, contamos con los mejores profesionales, los mejores medios, la mejor estrategia, y perder no es una opción. Perder no es una opción —repitió el general, y pausó

para sorber de su taza de café—. Presidente, como comandante en jefe de esta operación quiero introducir a los distintos comandantes de cada uno de los componentes de nuestra fuerza. El Comando Central (CENTCOM) es un Comando de Combate Unificado y ésta es una operación “conjunta” —hizo una pausa hasta estar seguro de que lo habían escuchado—. En primer lugar, quiero darle la palabra al comandante del componente aéreo, el general de tres estrellas Hugh Thompson, que nos habla desde la Base Aérea Príncipe Sultán de Arabia Saudita. Presidente —agregó—, Hugh y yo pasamos muy buenos momentos juntos en Vietnam a las órdenes de su padre, pero de eso hace ya muchos años, casi cuarenta.

La imagen de Hugh Thompson se amplió en la esquina superior izquierda de la pantalla de plasma. El general Thompson, piloto de caza, estaba postrado en silla de ruedas como resultado de un derribo en 1967.

—General Thompson —irrumpió de buen humor la voz dominante del presidente—, espero que tenga usted una buena opinión de mi padre —chanceó—. ¿Tiene usted, además, todo lo que necesita para ganar?

—Presidente, contamos con más de 2.150 aviones y 675 helicópteros desplegados en el espacio aéreo enemigo; los V-2 vuelan desde la base de Whiteman. Los bombarderos B-52 están apostados en la Isla de San Diego. —Nada comentó Thompson sobre el padre del presidente, tal vez porque no era el lugar ni el momento.

—Gracias, Hugh —sonó la voz ordenadora del general en jefe desde Qatar—. Presidente, el comandante del componente terrestre de nuestra fuerza es el general Aston Seaborg, del Cuerpo de Marines, Primera Fuerza Expedicionaria, Camp Pendleton, ahora en Kuwait. Le acompañan el general australiano Timothy Bolton y el general británico Neil Kent.

—Me enorgullece que contemos con el respaldo de australianos y británicos —se congratuló el presidente—. General Seaborg, ¿tiene usted todo lo que necesita para ganar? —reiteró la fórmula de rigor—. ¿Satisfecho con la estrategia?

—Presidente, más de 270.000 soldados y marines están desplegados en posición de pre-asalto en la frontera iraquí al

sur, pertrechados con 5.500 tanques Abrams, 3.200 vehículos Bradleys y más de 2.700 vehículos blindados ligeros LARV. Esta fuerza es tan veloz y mortífera que decapitará a las divisiones de la Guardia Republicana como si fuese un cuchillo cortando mantequilla caliente.

—Gracias, general Seaborg —cortó la comunicación con Kuwait el general Armitage—. Presidente, ahora se dirigirá a usted el jefe del componente naval, el almirante Dan Julius, desde nuestra base naval en Bahréin.

—Almirante —martilleó el presidente—: ¿tiene todo lo que precisa para ganar?

—Presidente, tengo lo que preciso: más de 149 barcos y 8 portaaviones con sus grupos de combate desplegados en el Mediterráneo, el Mar Rojo, el Mar Arábigo y el Golfo Pérsico: la fuerza naval más poderosa y eficaz de todos los tiempos, armada con misiles inteligentes Tomahawks y todo el alfabeto de bombas inteligentes que han desarrollado nuestros científicos e ingenieros.

—Gracias, Dan —intervino de nuevo el general Armitage—. Por último, presidente, se suma a nosotros desde la frontera de Arabia con Irak el hombre que encabeza nuestro componente de “fuerzas especiales”, el general Ricardo Ramírez. Adelante, Ricardo —comminó Armitage en español. La imagen de Ramírez se amplió en un cuadrilátero de la pantalla de plasma.

—General Ramírez —pronunció el presidente con dificultad atropellando las erres—, ¿tiene todo lo que necesita para ganar?

—Presidente, tengo bajo mi mando a los hombres más duros y letales de las Fuerzas Armadas: agentes del Directorio de Actividades Especiales de la CIA, Boinas Verdes del ejército, SEAL de la marina y marines de “Recons”. Son los mejores hombres; la flor y nata. Dejarán ciego al enemigo en las primeras 48 horas de kinetics. —“Kinetics”, en el argot militar, la ejecución de las operaciones: fuego.

El *briefing* había terminado. El tiempo corría. Los rostros de los comandantes de los distintos componentes quedaron estáticos y mudos, encapsulados en pequeños cuadriláteros en el lado izquierdo de la pantalla. El general Armitage sorbió de su taza de café, miró deliberadamente a la cámara desde el Centro de Mando y pronunció con exactitud:

—Presidente, esta fuerza está lista. El Plan de guerra OPLAN 1004V es el apropiado. La misión es precisa, sus objetivos son alcanzables —y a pesar de la impostada seguridad, el general seguía albergando dudas sobre ese plan, sobre esa guerra, sobre el liderazgo obtuso de ese presidente, sus asesores, el ministro de defensa en particular; la manera atípica y sinuosa como esa guerra se había confeccionado en cenáculos cerrados; con hombres de negocios, el negro James Laswell de Vulcan Corporation y sus allegados, los Bernstein, Libby, Shulsky, McKinley; las empresas destructoras del armamento y las empresas constructoras; las firmas de relaciones públicas que empaquetarían el conflicto para 4.000 o 5.000 millones de televidentes, además de para la Historia, para el recuerdo—. Presidente —prosiguió el general—, el Día- D, la hora-H es 21.00 horas hora iraquí, 18.00 horas hora de Greenwich, 13.00 horas en la costa este de los Estados Unidos.

—Muy bien general Armitage, creo que no me equivoqué cuando le elegí comandante de combate del CENTCOM —declaró satisfecho el presidente antes de dar la orden. Fijó la mirada en la cámara—. En beneficio de la paz en el mundo, de la seguridad para nuestro país y el resto del mundo libre, y por la libertad de los iraquíes y los iraníes, desde este momento doy la orden necesaria al secretario de defensa Joseph Weiler para que ejecute la operación. General —concluyó—, que Dios bendiga a América —y depositó ambas manos sobre un libro desmochado y de tapas negras que tenía a su flanco, y que el general en Qatar reconoció de inmediato: la vieja Biblia que el presidente había heredado de su padre, depositada sobre la mesa de su despacho en Vietnam junto a una fotografía de familia.

—Presidente, que Dios bendiga a América —saludó marcial Armitage.

La pantalla de plasma se apagó, dejando la estancia envuelta de nuevo en una enlodada penumbra azul. Habían pasado ocho meses desde aquella intempestiva visita mía a París y la invasión daría comienzo en ocho minutos. En la frontera de Kuwait con Irak, el marine Ronnie Pugh de South Central, Los Ángeles; el marine Egmidio Preciado, procedente de Tijuana, y el marine Terry King, de la barriada marginal de Cabreney

Green, Chicago, abordaron su Humvee junto a otros 40.000 hombres de la Primera Fuerza Expedicionaria, cortaron la malla fronteriza de alambre de espino y penetraron en territorio iraquí; camino de Teherán, escala Bagdad.

# *CAPÍTULO I*

## 1

Tal vez fue allí cuando comencé a vislumbrar el entramado de intereses subterráneos que finalmente activarían un temporizador idéntico al que mi padre guardaba encerrado en un maletín metálico junto a códigos numéricos, sumarios de ataques predeterminados por el Comando Estratégico y una radio por satélite. Sin embargo, el otro maletín con el botón nuclear engrasado no dormía bajo la nuca de mi padre. Pendía de un lugar más inseguro: la muñeca de un oficial de los Marines que balanceaba la valija sempiterno diez metros por detrás de los tacones de aguja que sostenían aquellas pantorriillas fibrosas del 44º Presidente de los Estados Unidos.

Aquel era un 4 de abril demasiado frío. Serían las ocho de la tarde. Carla y yo estábamos en una calle de París lluviosa y con un leve olor a té. Observábamos incrédulos un escaparate sin glamour entre dos soportales de pequeños apartamentos en una vía secundaria adyacente a la Avenida Rivoli, frente a la Place Vendôme. No había visto antes a aquella mujer, vivíamos a una distancia de 10.000 km y después de sesenta y nueve minutos en compañía su mareante belleza me estaba oprimiendo el esternón. Por aquel entonces, yo ya había aprendido la dura lección de que la belleza de mujer es un mineral radioactivo como el plutonio al que hay que acercarse con un traje de amianto sin una sola fisura. Cuando aspiras el metano frío de la belleza de una mujer sin prevención, quedas convertido en un espantajo sin voluntad, ciego y manejable, estupidizado y sumiso: eso dicen los estudios científicos.

En cuanto a ella, se trataba de una de esas mujeres a las que uno invitaría al cine sin el más mínimo interés por el

título de la película. Carla era parisina, pero su corazón pertenecía al Estado de Israel, su alma a la Torá y su talento al Mossad. Yo disponía de un pasaporte americano, había nacido en Teherán y solo visitaba Europa de vez en cuando, en viajes relámpago en los que mi mayor descubrimiento solía ser si el minibar del hotel ofrecía buen güisqui escocés. Mis padres habían bautizado a mi hermana primero y después a mí con nombres rusos, porque esa era la tradición de los Kaczynski, la rama del árbol genealógico de la que descendía mi madre, con sus orígenes en Wrocław —Polonia—. Aquella tradición la implantó el patriarca de la familia, un jesuita español que había vivido en la Corte de Moscú bajo los auspicios y la protección de Catalina la Grande, y que colgó los hábitos en San Francisco cuando se tropezó con Edyta, una niña de diecisésis años que servía copas en un dispensario.

El matrimonio hispano-polaco infundió un mismo laocrado distintivo a toda su progenie estadounidense: sus ocho hijos fueron bautizados con nombres rusos recurrentes en la literatura de los siglos XVIII y XIX, y recibieron educación superior en una universidad jesuita. Este doble gesto fundador del linaje condicionó mi patronímico y mi formación casi un siglo después. Trascurridas nueve generaciones, el único libro del que aún no se habían extraído nombres familiares por superstición era *Crimen y castigo*, de Dostoievski. Rodyon, el patronímico del estudiante atolondrado y asesino amateur, torturado y arrepentido, me cayó en suerte a mí, y a mi hermana el de la inolvidable musa de Turgenev en su libro *Mi primer amor*, Zinaida.

## 2

Mi padre, John Armitage, nació en el condado de Naperville, Chicago, en una mansión grande que años después se convertiría en mi lugar de residencia tras nuestra huida de Teherán. Su carrera en el fútbol americano profesional quedó truncada por la rotura de los ligamentos cruzados en la rodilla y un pinzamiento de vértebras, una tarde de domingo de 1960 en el Estadio de los Go Bears, el equipo de la Universidad de Berkeley. A raíz del descarrilamiento de su carrera deportiva,

sobrevino su “conversión”: el 22 de enero de 1961, tras una larga convalecencia en una habitación de hospital, Armitage, diecinueve años, salió apresurado por las puertas giratorias del edificio, llegó haciendo autostop hasta San Diego y en el Recruitment Depot se alistó al Cuerpo de Marines.

Cuando sus superiores descubrieron que además de una planta atlética, aquilataba dotes de liderazgo, junto a un cerebro imaginativo, práctico, bien ordenado y nutrido de libros, lo destinaron a San Francisco para estudiar un máster en la Haas Business School —Universidad de Berkeley—. Los destinos de John y Anastasia, mis progenitores, se cruzaron bajo el Campanille de la Universidad una tarde de otoño de 1962. John terminó dos años después, a los veintiuno, exactamente donde él quería, y que no era un aula, los arrozales de Vietnam; seis años más tarde, donde él nunca habría imaginado, como no lo hubiese imaginado nunca: en tierras persas, recuperándose de sus heridas de guerra, con un brazo amputado, “desórdenes de estrés postraumático”, un matrimonio en crisis y su mujer embarazada de alguien al que me gustaría suponer maravilloso: yo.

### 3

He heredado más rasgos de mi madre, pero de mi padre he recibido las convicciones, muchas de sus virtudes, algunas de sus aficiones, dos de sus pasiones y uno de sus defectos, el de ser un pésimo seductor; y aún a pesar de todo ello, éramos dos personalidades esencialmente distintas: a mí me gustaban las ostras y a él los hígados semi hechos al estilo de Texas. Dios, Cuerpo de Marines, Patria, Estado, por este orden, eran los quicios de la vida interior de mi padre y fueron los míos hasta la fecha fatídica del 10 de abril de 2007 en que perdí la admiración por mi patria, y di por finalizada la búsqueda de la felicidad.

Con sus dos metros de estatura y sus ojos azules, mi padre podría haber sido un galán de cine, pero optó por ser un militar de biblioteca que también sabía meter las botas en el barro y reventar tripas con la bayoneta. Con el tiempo se le

vino a conocer por tres apodos: “Mr. Caos”, “El Señor Furia” y “El Dios de las destrucciones”: la ética no estaba reñida con la efectividad y, en el Cuerpo de Marines, la efectividad era matar.

Entre el año 1775 y el año 2007, Estados Unidos se había involucrado en al menos setenta y ocho conflictos bélicos en los que sufrió bajas, ergo, los soldados como mi padre, si además eran ambiciosos y querían hacer carrera, sabían que no permanecerían mucho tiempo en el mismo lugar, que la indolencia y el aburrimiento no invadirían sus vidas y que las promociones exigían talento o cicatrices, y en la mayoría de los casos, y para alcanzar el grado de general, ambas cosas, un apellido, buenos contactos políticos y mucha suerte. Él solo contaba con el talento y las cicatrices.

Al iniciarse la década de los setenta, los conflictos asiáticos de Corea y Vietnam se apagaban y dos escenarios se vislumbraban ya como los más óptimos para cortejar los ascensos: Centroamérica y el Golfo Pérsico. Si bien en el “patio trasero” latinoamericano no faltó acción, mi padre intuyó con acierto que la presencia de Israel mantendría inestable Oriente Medio por muchos años, lo que unido a que en esa región yacían las mayores reservas de petróleo y gas del mundo, custodiadas por las monarquías más depravadas, corruptas y dictatoriales del planeta, garantizaba su centralidad estratégica hasta bien entrado el siglo XXI.

Armitage no se equivocó: Oriente Medio era un lugar propicio y exótico donde probar fortuna; la “joya de la corona” de los Estados Unidos en esa región hasta finales de los setenta, un país fascinante: Irán.

#### 4

En el año 1970, con el grado de coronel, un máster en Estudios Orientales, una mujer preciosa de ojos de topacio y una hija de dos años, mi padre solicitó el traslado voluntario como miembro del “Grupo Asesor de Asistencia militar” en Teherán, la capital de Irán. Mientras firmaba el contrato de transferencia, no pudo atisbar hasta qué punto aquella decisión más intuitiva que racional influiría el futuro del Cuerpo de Marines, de las Fuerzas Armadas y de la Nación: John

Armitage no era un hombre con suerte; era un hombre con destino, que es algo distinto.

Nadie vaticinó desde ninguna cátedra, centro de investigación o embajada aquel conflicto incubado desde 2005. No fueron hombres depravados e ignorantes los responsables de la hecatombe, sino señores educados en las mejores universidades, biempensantes como Sam Browback o Stephen Kinzer; adaptados, útiles a la sociedad como Albert Bernstein; ambiciosos como James Laswell, Abram Shulsky, Joseph Weiler; pertrechados de éxitos, condecoraciones y parabienes, sanos e inteligentes como Sara Ridge-Connors, la abeja reina de la colmena. Fueron esas personas intolerantes, cínicas y chovinistas las que definieron los acontecimientos y escribieron las órdenes.

Un niño cuyo paisaje de infancia han sido misiles de crucero Tomahawks, aviones de combate F-15 y F-16, superbombarderos Stealth B-1 y V-2 y hombres cuya profesión es prepararse para usarlos, pierde todo sentimentalismo sobre la inocencia de la especie. Seis milenios de budismo, tres de sintoísmo, dos de cristianismo y uno de mahometismo, no han elevado la conciencia humana a un estadio superior, ni nuestro córtex cerebral ha dejado de estar conectado a los estadios inferiores donde yace enterrado vivo nuestro pasado depredador. Al ser humano le fascina la violencia desde que Caín mató a Abel con una quijada de asno.

Como James Laswell, un superdotado, las mentes más brillantes que ha dado la humanidad han dedicado parte de su talento artístico y científico a producir ingenios militares. El divino Leonardo pintaba por la mañana una Madonna, y por la tarde su inteligencia se explayaba en el diseño de un torpedo. Galileo confeccionó su telescopio no para que un puñado de románticos contemplase las constelaciones, sino como un instrumento militar para el Ejército veneciano. Arquímedes no entendía las Matemáticas como una ciencia abstracta y encontró un punto de apoyo muy práctico en aquellas catapultas que despanzurraban asediadores en las costas de Grecia. Alfred Nobel fue uno de esos científicos excelsos que contribuyeron con sus inventos a que la Primera Guerra Mundial fuese considerada la guerra de los “químicos”. Su dinamita significó un

salto elegante en esa disciplina tan bondadosa de ir matando a los enemigos cada vez desde más lejos, más rápido y en mayor número. Esa propensión alcanzó su clímax cuando del apareamiento de los primeros misiles ideados por los nazis y los últimos avances de la física nuclear concebidos en los laboratorios norteamericanos, surgió del vientre del *Enola Gay* el diluvio de megatones que devoró la piel de los niños de Hiroshima. Desde el día 21 de junio de 2007, aquella “Caja de Pandora” reposaba debajo de la nuca de mi padre, dentro de un maletín antibalas fabricado por Halliburton; sobre el maletín un rifle de asalto M-16 deportillado: *Marilyn*. Tres meses antes, ese 4 de abril de 2007 en París junto a esa mujer desconocida, embalsamada su belleza canónica en perfumes caros de boutique, mi móvil sonaba insidioso en el bolsillo de mi americana. Pulsé el botón del celular. Presumí bien: era la secretaria empalagosa y neurótica de mi jefe; la que intentaba *cazar*me. Me pasó con Andrew Berg, mi jefe, el padre de mi mejor amigo Peter Berg, que por entonces iniciaba su viaje a Rusia contratado ubérrimo por el imperio gasístico y petrolero Vasilenkonef, sin saber que allí se encontraría con una descendiente lejana de Irina Vasilenka, la amante de un marinero ucraniano; el vientre alquilado por el piadoso Jeremy Connors: la abuela biológica del 44º Presidente de los Estados Unidos: el que tomó la decisión fatídica aquel día de Navidad de 2007. La mala decisión.